

# MANIFIESTO

*DE D. ANTONIO DE CAPMANY*

EN RESPUESTA

A LA CONTEXTACION

*DE D. MANUEL JOSEF QUINTANA.*

---

CADIZ: IMPRENTA REAL :1811.

7295



**AL SEÑOR DON MANUEL JOSEF QUINTANA,**  
*Secretario del Rey, primer Oficial honorario con sueldo de la  
Secretaría del despacho de Gracia y Justicia, Secretario de  
la interpretacion de lenguas, ex-Oficial primero de la Secreta-  
ría general de la Suprema Junta Central, ex-Secretario  
de la Cámara de la Real Estampilla, é individuo de la Suprema  
Junta Censoria de España é Indias, y aspirante á todo quan-  
to la fortuna ó la diligencia proporcione á sus deseos*

**M**uy Señor mio, y mi antiguo amigo: contra su acostum-  
brado y constante empeño de no contextar á sus adversarios si-  
no con el silencio, que es uno de los géneros mas refinados  
de desprecio, me ha presentado V. S. al público, disfrazado  
con mi propia ropa, con muchas ganas de dexarme en cue-  
ros, en el papel que V. S. llama *Opúsculo* con el título de *Con-  
textacion á los umores y crítica &c.* firmado á lo Marco Tu-  
lio Ciceron M. J. Q., su fecha 29 de julio del presente año;  
bien que sin constar el lugar ni el nombre del impresor, contra  
el reglamento de la imprenta de que es V. S. juez conserva-  
dor y censo, supremo.

Ya que V. S., acaso mal aconsejado, me llama á la l-  
tra por mi propio nombre, no puedo hacerme sordo-mudo á  
sus denuestos, á pesar de que yo creia que su tan notoria mo-  
deracion me ahorraria el dolor y el rubor de sacarle los tra-  
pos al sol, como dice la gente tan vulgar como mi estilo, gra-  
duado de tal en la escuela de V. S. Creí á lo menos que es-  
ta vez se serviria, como ha hecho siempre, del brazo de sus  
guerrilleros emboscados, es decir, embozados, por no dar á  
torcer el suyo baxándose á reñir en persona con peones villa-  
nos. Sería porque en otro tiempo estos ataques venian para in-  
terrumpirle su carrera, como V. S. dice. Pero, bien sea que  
V. S. la considere ya consumada, ó que quiera estrenar su  
bizarría en batalla singular; de todos modos V. S. me honra, no  
desdeñándose su alta filosofía de combatir con la humildad  
de un gramático: pues ya veo que entre las hazañas de los an-  
tiguos héroes se cuentan combates con viles animales; y aun  
el barrido de un establo dió un gran lugar á la fama de Hér-  
cules.

Los epítetos con que V. S. me marca despues de los azo-  
tes en este su *opúsculo*, son los de hipócrita, negro calumnia-  
dor, asesino, pirata y salteador en el mundo literario, maldi-  
ciente, crítico superficial, injusto y maniático, mero practi-  
con y casuista en gramática, ignorante en los verdaderos prin-  
cipios de la metafísica del lenguaje, ansioso de morder y des-  
pedazar, frenético, envidioso, dómine pedante, delator, y hom-

bre infame. Todos estos dices me cuelga V. S. en diferentes lugares de su *opúsculo* apologético, en donde, para enseñar la caridad á sus antagonistas, cita el evangelio, y nombra á Jesucristo. Sin tener yo necesidad de citar al divino Maestro en letra de molde, para no imitar la mal imitada caridad de V. S. le perdono estas injurias, menos la de *envidioso*. Con esto quiero castigar la muy exáltada altanería de V. S. que se ha llegado á dar la vana importancia de creerse objeto de envidia. ¿Qué podría yo envidiar en V. S. quando solo envidia hoy la dicha de los tontos? ¡Bienaventuradas gentes, que ni tienen zelos, ni los causan! Desengáñese V. S. para siempre, que de codicia y de ambicion no tengo que pedir á Dios que me libre, sino de una mala lengua y de un testigo falso, como dicen los soldados al empezar á comer el rancho.

¿Es V. S. invulnerable? no. Inmortal? tampoco. Impeccable? menos. Su salud y robustez no me hacen falta: su estampa, ni de mozo ni de viejo me podria quitar el sueño. Luego ¿qué se ha creido V. S. poseer que me pueda encender la envidia? ¿Serán sus riquezas? En el dia todos estamos á racion, y yo me hallo contentísimo desde que en Sevilla la Junta Central me señaló una limosna, que baxo de esta calidad y nombrados peones que huyeron de Madrid en la madrugada del 4 de diciembre, fuí uno de los pocos que llegamos, unas veces á pie y otras andando, á dicha ciudad de refugio el último dia del año, y sin ser llamados. ¿Serán los honores con que ha tenido V. S. que vestirse para pompearse en los paseos públicos, olvidándose de aquellos principios que tanto proclamaba en Madrid su afectada severidad filosófica? Serán sus títulos y emblemas gualdrapados uno sobre otro como sucede á la novia de aldea que se echa todo lo del cofre encima. Bien sabe V. S. pues tanto me conoce, que por genio propio mio, y por amor al sosiego que pide la vida literaria, jamas he pensado en solicitarlos, ni aun desearlos: tan léjos de esto, que hasta he procurado huir de semejante tentacion, manifestando anticipadamente de varios modos mi habitual repugnancia á los ministros que me honraban; y así me convidaban á su mesa, y alguna vez les hacia comer á la hora que me acomodaba; pero nunca me oyeron quejar de mi fortuna, y siempre me hallaron dispuesto á emplear en servicio de la nacion y del estado mis conocimientos, y mi zelo, muy *patriótico* mucho años ántes de que esta voz llegase á servir de escudo á los buenos hijos de la patria, y pudiese servir de capa á los malos. Aun viven D. Francisco Saavedra, D. Pedro Cevallos, D. Gaspar de Jovellanos, y hablaria tambien si viviera el desgraciado D. Miguel Soler, para que todos ellos puedan ates-

tiguar lo que digo. Vive el actual ministro interino de Hacienda, entonces oficial de esta secretaría, quien, movido de afecto á mi persona, vino á mi casa á darme el aviso de que se me habia consultado para una plaza de ministro de la Junta General de comercio y moneda. El dirá con que demostracion de pesar y disgusto recibí la noticia, y como trabajé para que disuadiese al ministro Soler de este empeño: al fin triunfó mi *manía*, que tal vez por esto, entre las gracias que V. S. me dispensa hay la de *maniático*: dicha plaza se dió despues al presbítero Melon. En 1800 rehusé admitir la gracia de la cruz pensionada de Cárlos III, que se me ofreció en premio de servicios político-literarios hechos al estado, pues habia una vacante. Vive aun mi compañero Don Felipe Amat, diputado en Córtes, entonces oficial de la primera secretaría de Estado, quien me dió el primer aviso confidencialmente, y sabe lo que yo respondí al oficial mayor Peñuelas, entonces secretario de la Orden, que peleó largo rato con esta mi *manía* sin poderla vencer. Vive el Marqués de las Hormazas, en cuya casa se celebraron, baxo de su presidencia, varias juntas extraordinarias de arbitrios para aliviar al real erario, compuestas de diferentes ministros y fiscales de los Consejos: y dirá como yo asisti con nombramiento real de secretario con voto. Como V. S. es hombre nuevo en todo; y me ha provocado muy tarde, obligándome á no poderme eximir de la vergüenza y pena de tener que hablar de mi persona; ignoro, despues de tantos años y trastornos políticos, si viven los cinco ministros de todos los Consejos que compusieron otra junta, presidida por el Consejero y Camarista de Indias D. Bernardo Iriarte, para el exâmen del proyecto y execucion del fomento de Ivíza, de la qual fuí nombrado tambien secretario con voto por real órden comunicada por el mismo D. Francisco Saavedra. Este mismo señor puede atestiguar, pues estaba el expediente en sus manos siendo Ministro de Hacienda entonces, el nombramiento que estaba resuelto en mi persona de secretario de la Junta suprema de nuevo gobierno civil y económico de la monarquía, presidida por el Marques de Irlanda; pero por un raro caso promovido por el mismo marques, se paralizó la junta despues de muchas sesiones, y no se verificó la extension de mi nombramiento.

Ya ve V. S. quantos motivos tuvo entonces y ha tenido despues para pedir, y aun elegir, títulos, honores, uniformes, consideraciones, y aumentos de sueldos un hombre constituido en comisiones tan distinguidas por el honor y confianza que le dispensaba el Gobierno. Me veia rodeado de excelencias, ilustrísimas, y señorías de tabla; y yo, tan raso como ella, salí qual entré. Creo que á media voz, á media insinuacion

no digo solicitud, se me hubiera condecorado, siquiera por honor de la comunidad. El silencio de los dispensadores de las gracias me honra mas, acaso creyeron que de nada de esto necesitaba yo quando no lo pedia: nuevo desengaño para los que nos quieren hacer creer que se dan mercedes y empleos á quien no los solicita, sea por escrito, ó de palabra ó por mano interesora aunque sea siniestra.

¿No podía haber pedido yo, y con mucho derecho, el título y exercicio de Secretario del Rey despues que exercí la confianza y el secreto de tal en una de las mas delicadas y honrosas comisiones que se pueden encomendar á un hombre de letras, quando se me nombró para exâminar, compilar, ordenar, ilustrar y publicar los Tratados de paz, alianzas &c. entre la corona de España y las demas potencias de Europa, hasta entonces inéditos unos, ó mal traducidos otros? El archivo de la primera Secretaría de Estado, y el del antiguo Consejo de Estado y Guerra, que estaba casi incógnito en sótanos de palacio, se franquearon á mi inspeccion y reconocimiento, y los decretos de los gabinetes, instrucciones é instrumentos diplomáticos de los reynados de Felipe v, Fernando vi, Cárlos iii y Cárlos iiiii estuvieron á mi vista y baxo de la llave y secreto de mi pecho, en el propio quarto, ó sea estudio, de mi pobre casa, teniendo yo que ser amanuense de mí mismo: concesion inaudita, y disposicion que me honra y honra á para mientras viva. Esta coleccion diplomática, que me ocupó dos años largos, de la qual carecia el Gobierno para su preciso y continuo uso, se publicó baxo de mi intervencion en la Imprenta Real en 1800 en tres tomos en folio; y siendo yo el autor y editor, excusé poner mi nombre: otra manía.

Merecí á una sesion plena de la Real Academia de la Historia, de qual era individuo del número desde 1775, el nombramiento por eleccion de secretario perpetuo. Y siendo así que este oficio habia sido ocupado siempre por personas condecoradas, y que durante mi exercicio se contaban en su catálogo ministros del despacho, y altos personajes de la corte, entre ellos el Infante Príncipe de Parma, y el Duque de la Alcudia, despues Príncipe de la Paz, á quienes habia expedido yo el título en nombre del cuerpo; nunca dí oidos á las insinuaciones de algunos compañeros que me aconsejaban solicitase por mí, ó por consulta de la misma Academia, algun título ó condecoracion á favor de mi persona, ó como anexa al oficio; pero jamas me aparté de mi propósito: otra manía.

Fuí últimamente nombrado por la provincia de Cataluña su diputado en las presentes Córtes; y sin embargo de haber recibido el aviso de oficio por el secretario, y hoy compañero

mío D. Felipe Anér des e e 7 e marzo del año pasado, guarde el secreto, muy léjos de os en arme como tal, hasta que las listas que llegaron á Cádiz por julio me descubrieron el mundo. Revestido de este carácter público, luego que tomé asiento en el Congreso traté de introducir é infundir mi constante *manía* en mis compañeros: haciendo en sesion pública aquella proposicion, que tanta gloria ha dado á nuestro heroico desinterés dentro y fuera de España, de renunciar á toda gracia, merced, condecoracion, y empleo, ni á poderlo solicitar ningun Diputado para sí, ni para otra persona: voto inmortal á que suscribió la unanimidad, ó mejor la aclamacion del augusto Congreso.

Ruego pues á V. S. se sirva leer este oficio preliminar deponiendo, por esta vez á lo menos, su costumbre de no leer los papeles que puedan ofender su vanidad, aunque muy necesarios para su desengaño y enmienda. Por lo que o expuesto en breves razones se podrá convencer V. S. de que no puede jamas guiar mi pluma la envidia hablando de su persona, porque para mí nada tiene V. S. envidiable. Por consiguiente, tampoco tienen entrada en mí los zelos, porque siempre he vivido contento con mi fortuna; y por consiguiente me he tenido por feliz, y lo he sido. Tampoco me inquieta el encono, porque este es hijo de la envidia. Mi nombre y mi reputacion, que no debo á las artes de la clientela, tampoco pueden recibir, ni mengua, ni ofensa de las armas coligadas de V. S. porque *tarde os levantásteis* D. Manuel, como dixo la mora á su marido.

Despues del baxo vicio de la envidia con que V. S. me quiere tizar para darse la importancia de hombre de extraordinario mérito, me imputa el de los zelos para lisonjear con mas alta vanidad su amor propio. ¿Yo zelos de V. S.? ¿y sobre que prendas? Y si no los tuve quando V. S. valia mas, ¿los tendré ahora que vale menos, despues que visiblemente decaen su ingenio y su pluma, de puro exercitados en estudios muy agenos de las Musas, que enojadas de esta desercion, parece que le han vuelto las espaldas para siempre?

Quando V. S. acaso podia causar zelos á algunos que aspiraban á sobrepujarle en reputacion literaria, ¿que hacia yo en prueba de que deseaba realzarla y extenderla? ¿No se acuerda V. S. de que fuí yo quien le aconsejé que dedicase su pluma y su talento á la prosa, haciéndole entender, con la mayor delicadeza, por no ofender su vidrioso genio, que harto habia cultivado el campo de la poesia para su gloria, y que así la historia política le abria un nuevo camino y mas ancho á la verdadera fama? ¿Como puede V. S. asegurar, sin una torpe contradicción, que ésta nueva carrera y género de estudios

en que yo tenia ya alguna posesion, me mueva á zelos, quando fuí yo quien le dió el consejo, quien le instaba, y aun casi le reprehendia su pereza continuamente, para que no dexase de la mano y concluyera las *Vidas de los Varones Ilustres*, que V. S. publicó despues en un tomo en octavo? ¿Quien le buscaba y proporcionaba, no como amigo agente, sino como un padre á su hijo, noticias, documentos, manuscritos y libros para vestir las vidas del Príncipe de Viana y de Rogør de Láuria, hasta llevarle en persona de noche tomos en gran folio debaxo la capa, y costear crecidos portes de cartas por la correspondencia que yo llevaba con literatos y antiquarios de otras provincias? ¿Quien admitió el encargo que, desconfiado de sí mismo, hizo V. S. de que le repasase los borradores de aquellas vidas, y le advirtiese quantos yerros ó equivocaciones encontrase, y quien tuvo entonces la docilidad de rectificar y enmendar casi ciegamente quantos reparos me pareció justo advertirle? A fé que entonces no me trataba, ni me consideraba V. S. como ahora, de gramático practicon y casuista, ignorante de los verdaderos principios de la metafisica del language. ¿Quien convidó á V. S. á recibirse en la Real Academia de la Historia, ofreciéndole su influxo para ser secretario quando yo en ello manifestándole con esto los deseos que me animaban de tenerle por digno compañero? A este fin le instaba á V. S. tantas veces que concluyese la coleccion de las vidas referidas para poderlas presentar, con el memorial de estilo, como un trabajo propio del instituto. Pero no quisiera tener que recordar á V. S. el agravio que hizo á mi persona, á mi amistad, y á mi ofrecimiento, quando despues, sin prevenírmelo ni contar conmigo como era debido, hizo algunas diligencias extrajudiciales, á escondidas de mí, por medio de otros compañeros míos; y tuvo que retraerse de la solicitud despues de haber sondeado el ánimo del Director y del Censor que se opondrian á su admision, no por falta de literatura é instruccion, sino por su *genio orgulloso y dominante*.

Dígame ahora V. S. y díganme todos los hombres sensatos á quienes dirige sus reflexiones, y los insensatos á quienes dirigiré las mías, si un hombre que obra con este generoso proceder para el lucimiento de su amigo en la misma carrera de las letras podia ni puede tener zelos de su hechura (permítame V. S. que lo diga) en cierto modo.

¿Quien fué el primer literato como hombre de fino gusto á quien hice conocer y leer en Madrid el rarísimo exemplar de la *Historia de la guerra y revolucion de Cataluña por Clemente Libertino*, que últimamente reimpressa ha llegado á Cádiz? Yo fuí el primero que tuve en mi poder un exem-

plar ; y enamorado de su dición y eloqüencia , no quise privarme del gusto de que V. S. se saborease en ella , á fin de que se aficionase á la prosa , é hiciese progresos en un estudio en que yo gozaba ya de alguna reputacion. ¿ Hace estas obras el que crea no estar exênto de zelos ? La lástima es que no haya sabido aprovecharse V. S. de aquel autor para formarse un estilo , pues no tiene ninguno hasta ahora. El que tiene la verdadera , la inveterada , y la rabiosa envidia , y los zelos mas entrañados es V. S. ; y el vergonzoso origen de esta miserable debilidad , que la he callado hasta ahora , lo referiré mas abaxo á mis lectores sensatos é insensatos quando le toque su lugar.

Así pues me presento , forzado del pundonor , á la vista del público , de la que tanto he huido siempre ; pero solo , y sin valedores , ni mas armas defensivas que mi lustre heredado , y bien conservado con obras y no con honores. Como nunca he sido cabeza sino de mi casa , quando la tenia ; no cuento con paniaguados , ni guerrilleros que me sirvan sin sueldo y por pura amistad : ¡ gran virtud en estos tiempos ! Tampoco cuento con gente enganchada , sea con esperanzas de premio , ó de protección , por que y jamas he plantado bandera de recluta , y á nadi pu do e omp isar , ni proteger. A muchos jóvenes ingenios les dí en otro tiempo buenos avisos para que aprovecharan : en Cádiz hay mas de uno que no se muestra desagradecido , siquiera por aquello *del viejo el consejo*.

Para que V. S. no se escandalice otra vez , y no vuelva á reprehenderme de que un Padre de la Patria no debe distraerse en estas questões frívolas de las obligaciones de su cargo ; sepa , y V. S. lo sabe mejor que yo , y lo siente , que quando ocupo mi pluma para debelar monstruos invisibles , y ahuyentar peligros que no ven los ojos vulgares , entonces soy mas padre que nunca , y estoy en mi silla.

Perdóneme V. S. que no le haya preguntado antes en qué estõ e e a escri ir e hablando con un *funcionario* público , porque nunca me e ha lado en una funcion como esta. Como mi language es *vulgar* , segun lo tiene V. S. sentenciado desde que salió á luz la que V. S. llama muy imprudentemente *ponderada Centinel* ; para darle alguna dignidad , sin pecar contra la gramática en el uso de los pronombres , va decorado con la *señoría* que el Rey se sirvió concederle , y no podria yo negarle sin incurrir en su indignacion : porque aquí donde V. S. me ve , vestido á lo estudiante , sé distinguir de gentes , y estoy acostumbrado á hablar con ellas de Rey abaxo antes que V. S. hubiese salido de la clase.

Bien me t erá V. S. , aunque me me perdone por mi estilo que habla á todos los sentidos á la vez ; pues no ignora

V. S. que tambien sé usar de su predilecto el *dogmático* como y quando conviene, ó me tiene cuenta. Y aunque gramático casuista y practicon, como V. S. se sirve llamarme, sabe muy en, y o sa en ámbos mundos, que quando quiero y lo piden las circunstancias, dexo la *férula*, que es la que á V. S. le ha faltado á su tiempo, y me hago grave como un Mariana, conciso como un Saavedra, y urbano como un Solís. La continúa seriedad del estilo suele ir siempre con lo estirado del autor, ó con la esterilidad de su imaginacion: ¡á dios entonces amenidad y variedad! los lectores se quedan yertos como si hubiesen visto la cabeza de Medúsa, ó tropezado con algun esfinge: lo uno es la dureza, y lo otro la obscuridad. El que pretenda mover y persuadir, debe hablar al corazon; y para esto debe conocer, mas que el suyo, el de los otros, porque los hay de todos tamaños. V. S. habla como un libro; y siempre habla un libro en boca de V. S. Y hablo como escribo, escribo como hablo; y como escribo para todos, todos me entienden, y algunos mas de lo que V. S. quisiera.

Ya que V. S., despues del panegírico ministerial que nos presenta de sus méritos, servicios, talento, y patriotismo *no interrumpido* al frente de su opúsculo, como prólogo con morrion esmaltado en oro, dirige sus reflexiones y cuitas á los *hombres sensatos*, ¿á quien dirigiré ¡pobre de mí! mis observaciones, si no llamo á los *insensatos*, pues es la falta de juicio lo que me dexa V. S. por herencia? Daré luego voces de loco, hablaré claro y suelto, no *para medirme* con V. S. como lo dice desafiándome en frances, sino para combatir ó contender en castellano, y cuerpo á cuerpo, y de tú por tú; sin que me arredren los perros de presa que ha soltado, ni me espante la reluciente coraza con que V. S. baxa al palenque resguardado, creyéndose invulnerable, y formidable á mis ojos acostumbrados tiempos hace á ver vestiglos.

Yo no soy literato de profesion como V. S., sino un mero aficionado: vengo á ser aquel vizconde de Miranda de Córdoba, quien, sin ser torero de oficio, lanceaba y mataba un toro como una primera espada. Salud, paciencia y serenidad no tengo que pedir á Dios se la conceda á V. S., pues parece que le sobran para repartir á otros. Cádiz 18 de agosto de 1811.

*Antonio de Capmany.*

## OBSERVACIONES

DIRIGIDAS

## Á LOS HOMBRES INSENSATOS.

**P**ues que el Sr. Quintana escogió para sí lo mejor, esto es, para oyentes suyos á los hombres sensatos y á los rabiosos contextacion, por fuerza habré de entenderme con los insensatos. A vosotros invoco, caros y necios hermanos míos de uno y otro sexô, pues tambien hay vírgenes bobas, para que presteis oídos á mis razones y voces, tan vulgares como corresponde á vuestra vulgar y escasa inteligencia. Cuento con que me tocará mas auditorio que á mi agraviado escritor público, *funcionario público*, y publicista liberal de la reciente fábrica; porque siendo el número de los necios infinito, tendré que hablar á muchos; y por consiguiente, debiéndome ceñir á la brevedad posible, apelaré al ligero vuelo de la pluma, para no hacerme pesado sobre prolixo espulgador de puntos y comas, en que nunca he puesto la atención, y mucho menos la intención, de la qual se desentiende cuidadosa y maliciosamente la pandilla de criticastros que van saliendo ahora de la concha como el caracol, al calor del sol poniente.

El Sr. Quintana, que se ha jactado siempre de que no respondía (desdeñosa soberbia) á los críticos que escribían contra sus obras, que nunca han sido mas que folletos, porque, como él mismo dice, nunca los leía (mayor es aquí la vanidad que la mentira); se ha dignado al fin y por primera vez contextar deponiendo la soberbia para vestirse de furor y de iras pasiones que habia tenido este mortal, y muy mortal, ocultas hasta ahora, como otras muchas no reveladas todavía, que su estudiada moderacion y artificioso recato tiene encerradas de dientes adentro.

Como es bisoño su señoría, á pesar de ser muy leído, en este género de lides; á la primera se ha salido del puesto que debia guardar para no ser envuelto; pero, llevado de la venganza mas que del valor, se ha extraviado, y ha caído en el campo del enemigo. Deben de haber sido tan penetrantes las heridas que ha recibido de las advertencias de su antiguo amigo, que ciego de rencor ha tropezado en una contradicción, envuelta en una falsedad. Dice que no ha lei-

do mis cartas, y contexta á ellas : esta es la lógica y la franqueza del hombre que siempre la tiene en la boca. Tal vez se las habrá hecho leer, pues que á su autoridad magistral no le pueden faltar lectores : y de este modo bien pudiera quedar mas disfrazada la mentira.

Ahora pues, ruego al Sr. Quintana que si no las ha leído, las lea dos veces; y si se las han leído, que se lo repitan hasta tres, porque, como se suele decir, á la tercera vá la vencida. A lo menos aprenderá de las armas se ha de servir contra sus adversarios quando haya de acometer ó defenderse, y á reconocerse por último que es un hombre como los demas, un patriota como los demas, un político como los demas, y un ex-poeta como los demas, y nada mas; ¿ y le parece poco? Aprenderá, no gramática ni retórica, que ya pasó el tiempo, sino avisos muy saludables, aunque indirectos, para que se acuerde, ya que ha leído tanto y tanto, de que en tiempos revueltos y de libertad naciente, el hombre que se quiere poner en el candelero por su propia virtud es llamado ambicioso y vano; y si con ayuda de otros, osado y peligroso. El valor, la virtud y el talento llegan á hacerse sospechosos, y luego terribles á los mismos que trabajan por la causa comun, y odiosa á todos sus iguales. Por esto en Atenas el ostracismo era un blason inmortal para aquellas almas tan grandes, que no cabiendo en la ciudad, podrian ponerse de pies sobre ella. *Intelligenti* paja: con vosotros hablo *insensatos* lectores míos.

A la perspicacia del Sr. Q. no se le puede escapar nada de esto, pues no son quisquillas gramaticales; pero, mimado, como siempre, por los que él llama sus amigos, y admirado por sus alumnos, pues hace años que de todo cuenta, y cuenta siempre con ellos, se ha llegado á considerar como el primer sabio de la nacion; el escritor político, de cuya pluma pende la opinion pública; el modelo de la oratoria, como ántes se lo habia creído de la poesía; el espejo del patriotismo verdadero, esto es, *no interrumpido*, en que deben mirarse todos los buenos españoles, si quieren merecer este nombre; y el proclamista general de todos los gobiernos en nuestra gloriosa revolucion; cuya voz ha resonado en ambos mundos, adormeciendo al uno, y despertando al otro.

Su nombre se ha impreso en todas lenguas y en todos los países: pues ¿qué mas gloria puede apetecer un particular, antes del día último de agosto de 1808 muy particular, que haber pasado á la posteridad por agena pluma, aunque él haya escondido la mano?

Como el Sr. Q. se ha presentado á modo de coriféo de patriotas en tres teatros diferentes, Madrid, Sevilla, y Cádiz, y en todos ha salido á las tablas como primer galan; es indispensable

publicar los medios de que se ha valido, unas veces con máscara, y otras á cara descubierta, para hacer admirable su nombre, y respetada su persona, rodeada en todas partes de angelitos, ó mejor genios á lo profano, que le guardan, aunque algunos ya son pollancones, como los que le cercaban en Sevilla despues de la primera *hegira*, y le cercan hoy en Cádiz despues de la segunda. Llamo *hegira*, y no huida; porque, hablándose de un hombre extraordinario que, como cabeza de los emigrados, cuenta los pasos de su vida fugitiva como épocas, se le deben aplicar nombres famosos en la historia. Así pues, siendo esta ciudad nuevo asilo de desamparados de todas partes, y domicilio de gentes que ignoran acaso los hechos anteriores sobre que yo fundo mis aserciones; es necesario poner á la vista algunas anécdotas curiosas para el comun desengaño, porque ya es tiempo de hacer justicia, y decir la verdad á las barbas del Sr. Q. que tantas veces la proclama en sus escritos y en su *opúsculo*.

Cayó en mis manos, hallándome en Sevilla, un folleto en lengua inglesa, con el título de *Account of the Junta Central*, impreso en Lóndres en 1809, en que se da una idea de la dicha suprema Junta. En uno de los primeros párrafos, traducido al castellano, se lee lo siguiente: *Una de las primeras medidas de la Junta Central á su llegada á Sevilla, fué el nombramiento de D. Manuel Quintana al empleo de sub-secretario de Estado. Quintana es bien conocido en el mundo literario por sus composiciones políticas y demas obras; pero aun es mas estimado en España por la liberalidad general de sus principios, la independencia inflexible de su carácter durante el influxo del Príncipe de la Paz, y por su zelo firme y desinteresado á la causa de su patria quando se vió expuesto á la dura prueba de las tentaciones que le ofreció el general O-Farrill, y quando rechazó con desprecio las insinuaciones de personas con quienes hasta entonces habia tratado con afecto y estimacion.*

¿Quien le dixo, ó escribió al redactor de aquel folleto, en que solo se hace el elogio de cinco Centrales adictos al Sr. Quintana, que una de las primeras providencias de la soberanía fué el nombramiento de este sugeto? ; Desdichada nacion quando necesitaba que la Junta se ocupase en tan frívolo cuidado! El nombramiento de este caballero estaba hecho ó resuelto desde Aránjuez quando se le destinó como oficial 1.º de la secretaría, que al momento General: así es que en la lista que se imprimió en Sevilla de los vocales de la Junta y de los oficiales de dicha secretaria la primera plaza de estos estaba en blanco, como reservada para el Sr. Quintana, que aun no habia llegado de Madrid á ocupar su silla. Así podemos decir que si el temor de la venganza francesa contra el declarado patriotismo del Sr. Q. le obligó á salir de Madrid, como obligó á otros muchos

buenos patriotas; la esperanza de que hallaria al fin de su penoso viage seguro descanso, buena acogida, honores, empleo no estrenado, y sueldo casi triple del que dexaba en la corte, y la perspectiva de una nueva fortuna que le presentaba la revolucion, rebaxó, á juicio de muchas gentes, algunos quilates al mérito de su emigracion. Ademas de esta equivocacion, el autor del folleto, si es que no salió hecho ya de Sevilla su contexto, cayó en otro yerro voluntario, ó involuntario, quando llama al Sr. Q. *sub-secretario de Estado*. Jamas ha habido en España, ni lo hubo entonces, ni lo ha habido despues, tal título ni empleo; pero tal vez se imprimió con cuidadoso descuido. Ignoramos quales sean las composiciones políticas que habian hecho muy conocido al Sr. Q. en el mundo literario antes de nuestra revolucion. Era, es verdad, muy conocido por sus obras en verso, y de estas no quiere hablar el folleto, desentendiéndose de que fuese poeta: no le convendria este título en estos tiempos. Celebra luego la *independencia inflexible* u *carácter de* ante el *influxo del Príncipe de la Paz*. Yo confieso por mi parte que es una verdad tomada en sentido absoluto, y que se la alabo, y se lo alababa entonces. Este, sin embargo, era un mérito que comprendia á muchos espíritus justos, aun de los mismo que por obligacion y por otras circunstancias se vieron precisados en aquel abandono y desacuerdo de Carlos IV á rendir obsequios, pero rebelde el corazon, al monstruo que se le presentó y el poderío real. El Sr. Q. no tenia hijos que colocar, ni tuvo jamas que mendigar el pan cotidiano que faltaba á otros de alma tan libre como la suya, ni motivos que le hubiesen precisado á ver la cara al déspota, ni á ser conocido de él personalmente, ni aun de nombre. Tampoco el Sr. Q. era persona de tal gerarquía, cuya presencia pudiese el otro echar menos algun dia. Tambien se engañó el autor del folleto, ó mas bien le engañaron, en aquello de lo *inflexible* del carácter; porque ha de saber, si aun no lo sabe, que el Sr. Q., aunque nunca dirigió á Godoy públicamente, esto es, al frente de sus obras impresas, dedicatoria alguna, en lo qual se distinguió con mucho placer mio; no se descuidó de dirigirle alguna privadamente por via de don gratuito, acompañada de algunos rasgos obsequiosos de su pluma: en prueba de lo qual no se hacia mucho de rogar para enseñar á sus amigos y conocidos la firma del tan aborrecido Privado puesta en las contextaciones honoríficas que este le volvia: de este modo empiezan á domarse las cervices mas duras. Tambien ignoraba el autor inglés que, como la necesidad carece de ley, quando el Sr. Q. se metió á pretendiente, se acomodó á los actos que antes reprehendia agriamente en los demas. Y ya que se resolvió á baxar la cabeza, lo hizo tan baxamente, con tanta timidez, y con tan poca confianza en el mérito de sí propio; que

se hizo acompañar de un indecente cómico (*Pinto*), sabandija de aquel serrallo, para que presentase, anunciase, y recomendase á S. A. el presente, á fin de que se dignase recibir el memorial, que no era para ningun gran bocado de los que hacen abrir la boca y cerrar los ojos al más soberbio estoyco. Era el cargo de censor de las piezas dramáticas que se representaban en los teatros: su dotación, nueve ó diez mil reales, si mal no me acuerdo.

Continúa el autor inglés, y muy estimado en España por su firme y desinteresado á la causa de su Patria. Además de que esta expresion no hace mucho favor á otros millares de españoles tan zelosos y puros como el Sr. Q., alabado en todo exclusivamente como criatura sin igual y privilegiada; no alcanzo yo que méritos y servicios tan particulares habia hecho á nuestra causa en el tiempo de que puede hablar aquel autor, pues llegó el folleto á Sevilla por mí, — algún tiempo habia de haber transcurrido antes de recoger los hechos, remitirlos á Inglaterra, y enviarlos despues en un impreso á España. Sería una oda ó cancion, publicada en Madrid, á la gloria de la patria: en aquellos dias otros tambien cantaban, y otros lloraban de alegría. El producto de su papel no vimos que se cediese para calzar soldados: tomó su dinero, y en esto hizo bellamente como qualquiera especulador. Lo mismo se puede decir de la empresa político-mercantil del *Semanario patriótico*, del qual se habian hecho un pingüe patrimonio el inventor y los compañeros, á quienes el interes de la Patria nunca fué tan poderoso, que les ahogase el suyo propio, diligentemente calculado. Acaso la palabra *desinteresado* se aplicará á que no fué vendido el patriotismo del Sr. Q. Esto se debe creer á ojos cerrados, y yo pongo mi cabeza por él, como por otros innumerables que conozco. Sin embargo, esto no sería heroismo, porque, además de ser una obligacion, abraza á la mayor parte de los españoles de zelo tan puro y firme como el del Sr. Q. Lo firme querrá decir que no volvió atrás, que no se arrepintió, que no vaciló: así lo creo. Pero me disgusta que se pinte como peculiar de una persona lo que ha sido comun á tantos miles que en esto le hacen compañía. Dice al fin que fué tentado por el general O-farrill; y lo creo tambien, pues para algo le llamaria aquel zorro militar quando, dicen, le escribió estando entonces el Sr. Q. en Piedrahita desde que huyó tímido de Madrid despues del suceso del dia 2 de mayo. A su llamamiento volvió; y, bien consultando con su corazón español, ó con algunos buenos amigos, se mantuvo incontrastable en su obrer propósito. Muchísimos son los que hemos tenido insinuaciones, tentativas, y ofrecimientos directa é indirectamente en aquellos dias de tempestad; lo qual no constará en la historia, porque hazañas privadas de la buena

conciencia se guardan dentro del pecho de cada uno, y no se hacen propagar impresas por el mundo.

Pasemos á otro caso para ilustrar al público, pues que es ilustrarle el desengañarle. Como el *Semanario* ha tenido tres épocas, ya de su nacimiento, ya de su muerte, ya de su resurrección, anunciadas con tanto aparato al orbe entero como si dependiese de estos anuncios la salud del género humano; quando se trató de reproducirlo en Sevilla, no contentos sus nuevos editores de haber publicado en los periódicos de aquella ciudad este memorable acontecimiento en términos pomposos, pero sucintos y generales, lo hicieron anunciar al mismo tiempo en Valencia en papel particular en forma y concepto de panegírico anónimo, cuyo impreso vino á mis manos, y es el siguiente:

*La horrorosa esclavitud en que vino á caer segunda vez nuestra corte quando volvieron á ocuparla los asesinos del 2 de mayo, obligó á huir de ella á las almas libres que habian empezado á ilustrar la nacion con sus luces y su eloqüencia. El que habia cantado la libertad de la España no podia existir al lado de los tiranos, para quienes su nombre era tambien mas odioso que la vista de nuestros paisanos guerreros; pero huyó felizmente burlando sus traidoras pesquisas, y con él huyeron los que con él habian empezado la gran defensa de la verdad contra el impostor de la Europa. La patria los conducia en silencio para que no cayesen en las manos del enemigo, mientras que todas las provincias preguntaban por ellos, y todas lamentaban la suerte incierta de los editores del *Semanario patriótico*.*

*Entonces se conoció quanto era el aprecio que habia merecido este escrito, y quanto era el amor nacional que se habian granjeado sus editores. Todos concedieron que aquel *Semanario* era el único periódico digno de la nacion española, y todos dixeron que sus redactores eran los que debian ahora ocupar las prensas para ilustrar al pueblo, y dirigirle con acierto en la gran causa que habia jurado defender por sí mismo.*

*Pero lo que todos deseaban se ve ya cumplido; que ahora lo que la nacion desea es lo mismo que desea el Gobierno. De ahí es: que le hemos visto lleno de bondad llamar al jóven sabio á su lado, y pedirle su pluma para escribir con ella sus sagrados decretos, y proteger á sus zelosos amigos, y amparar á los literatos que huyeron de la tiranía francesa para que vuelvan otra vez á consagrar á la patria sus luces y su eloqüencia.*

*Espanoles! El Gobierno está honrando á los editores: estos solo escriben para el bien de la patria. ¿Que deberá pues hacer la nacion? Bendecir al Gobierno que así protege á los sabios, rasgar esa multitud de papeles que deshonoran nuestra literatura, y subscribirse con ansia al *Semanario de la patria*. Así daremos á conocer lo que somos apreciando solo los escritos que son verdadera-*

*mente dignos de la nacion española.* Subscríbese en Sevilla en el despacho principal de la gazeta, calle de Génova, y en Valencia en casa de Mallén.

¿Por donde empezaré á poner la mano en este parto monstruoso de la mas monstruosa vanidad, orgullo, y petulancia á que puede provocar la mayor ambicion, acompañada de la mayor codicia, de unos folletistas politicastros baxo de la direccion y auspicios del prototipo de la *sabiduría*, destinado por favor especial del cielo á sacar de las tinieblas á la indocta y bárbara España? Confieso que no merece semejante anuncio que ojos humanos se humillen á leerlo sin avergonzarse; y que bastaria presentarlo en su literal y desnudo contexto á los lectores *sensatos é insensatos*, hombres y mugeres, niños y viejos, para que la luz de la razon lo juzgase, y lo castigase el desprecio. Y todas estas blasfemias, que así las quiero llamar, para ensalzar como lumbrera y antorcha del patriotismo y de las letras al archipatriota, al archi-político, al archi-orador, y al archi-filósofo el Sr. D. Manuel Quintana, que Dios guarde muchos años! Pero, viendo que hace tres años que la pereza ó la indolencia parece se ha apoderado de los lectores, hasta haber perdido estos en ciertos casos la facultad de juzgar; me hallo precisado á tirar algunas tenazadas á este anuncio, modelo de la presuncion humana, sacándole á tiras los embustes y falseda es que el público no puede exâminar por sí solo. Voy á sacar de pena á estas *almas libres*, que habian empezado á ilustrar la nacion con sus luces y eloqüencia. Estas almas serian las de los editores, esto es, la del Sr. Q., alma de todas, porque es estilo y empeño muy empeñado en esta nueva secta no contar nunca con nadie; y así nadie es ninguno, como suele decirse vulgarmente. Sigue en conseqüencia, y como exemplo: *El que habia cantado la libertad de la España.* Sépase que este gallo sin plumas, y con mucha cresta, es el mismo Sr. Q.; aunque otros tambien cantaron por diferentes tonos invectivas contra la tiranía. Bien pagado ha quedado el cantor, aunque mas pagado de sí mismo. El cantor á lo Homero, á lo Virgilio, á lo Taso! Todo esto quiere decir que en Madrid publicó un cacho de poesia, que ni el mismo que la hizo la cantó, ni podia cantarla, porque no tiene el mejor oido. Fué un desahogo patriótico, laudable siempre, pero que no saca á un ciudadano de la esfera de los demas.

Continúa diciendo: que este cantor *no podia existir al lado de los tiranos*: se supone, habiendo zaherido al mayor de ellos. Pobre de su gatzate! Ya le hubieran quitado á él, como á otros, las ganas de cantar, y de comer pan. Sigue: que el nombre (de este cantor) *era mas odioso á los tiranos que la vista de nuestros paisanos guerreros.* Esto es dar demasiada importancia á su solo nombre, que valia mas, segun se quiere dar á enten-

der, que los valerosos defensor s d Madrid. Y ¿ como podia bur'ar e' cantor las *traidoras pesquisas del enemigo*, si habia huido el páxaro el día ántes de ser ur'd? Y ¿ que nos ha dicho que tratasen de buscarlo, ni ántes ni despues? Aun en esta distincion, que verdaderamente lo es, sería igual á otros que no cantaron, pero que tambien habian declarado la guerra al invasor en sus escritos.

Pasemos de los encomios fastidiosos en boca propia, pues los editores nunca han tenido mas que una sola lengua, una sola voluntad, y una sola alma, la de su maestro y director nato; y vamos á descubrir una gran mentira. Dícese que con dicho cantor *huyeron los que con él habian empezado la gran defensa de la verdad contra el impostor de la Europa*. Estos son los dos primeros cooperadores en el Semanario, quienes no huyeron con su maestro, pues este habia huido á cencerros tapados una noche, y acaso sin despedirse de ellos; y estos ellos se quedaron en Madrid, resignados á la suerte, ocultos ó descubiertos. Lo cierto es que el uno se acogió á los tan odiados tiranos, que luego le emplearon; y el otro, intimidado despues de irresoluto, dexó la corte al cabo, y hasta los diez meses no se apareció en Sevilla, en donde vió entrar los franceses sin recibir de ellos el menor daño. Luego, bien pudo el Sr. Q., si no le hubiese mandado huir su corazon patriota, haberse quedado entre los franceses sin peligro al uno.

Vamos á otro embuste, hijo primogénito de la mas vana vanidad. Dícese: *que la patria los conducia (á los editores) en silencio para que no cayesen en manos de los enemigos*: si esto no se toma como ficcion poética, no halla sentido que darle el juicio mas desconcertado. Primeramente: la patria no los conducia, porque los dos, como se ha dicho, no se movieron de Madrid; y el otro andaba atravesando serras y barrancos, guiado siempre de su estrella hasta Sevilla. ¿ Descansada estaria la angustiada patria entonces para ocuparse en enseñar á la escuela! *Todas las provincias (dice) preguntaban por ellos, y todas lamentaban la suerte de los editores del Semanario*. ¿ Quien se habia de acordar en aquella tormenta y tribulacion general de semanaristas, ni de semanarios, ni de los semanas de Daniel? Harto tenian que hacer las provincias en armar á sus hijos, y tratar de su propia defensa, sin acordarse de tales vicisitudes. Ni las provincias, ni los provinciales, ni viviente alguno, preguntaron por ellos, ni podian preguntar, ni debian preguntar, sino ¿ donde estan los enemigos? Ninguna tampoco lamentaba la suerte de tales prófugos: hartos lamentos tendria que hacer cada qual sobre la suya propia.

Se habla despues con la misma vana satisfaccion; que los editores eran dignos del amor nacional; que su papel era el único

digno de la nacion española; y que solo ellos debian ocupar las prensas para ilustrar al pueblo, y dirigirlo con acierto; ¡y todos estos despropósitos los ponen en boca de los españoles! A estos les predicán mas adelante: que están obligados á bendecir al Gobierno, que, protegiendo á los sabios, honra á los editores, porque estos solo escriben por el bien de la patria (*y se repartian cada uno 10000 rs. al mes*); á rasgar esta multitud de papeles que deshonoran á nuestra literatura; y á subscribirse al Semanario. Esto viene como consecuencia del párrafo que antecede, en el qual se encarece como una dicha de nuestra nacion la bondad del Gobierno (la Junta Central) en haber llamado al Sr. Quintana á su lado, *pidiéndole* su pluma para escribir sus decretos, proteger á sus zelosos amigos, y amparar á los literatos que huyeron de la tiranía francesa. Esto dice en substancia el texto; y ¿con este descaro permitió que lo escribiesen sus amigos, ó mejor diríamos enemigos, la tan ponderada modestia y moderacion filosófica de un jóven, que se dexa llamar por excelencia el *sabio*? Nada tiene de sabio quien tiene tan insolente é impudente presuncion de sí mismo: llámola insolente, porque insulta á todos sus compatriotas, viniéndoselos á poner en algun modo á sus pies para mendigarle sus luces; y llámola impudente, porque solo de un jóven se podia esperar esta ufanía y ligereza, ó de un hombre con las debilidades de un jóven. El *sabio* siempre será Salomon; y este sabio de cartel nunca será, ni de mozo ni de viejo, mas que el *Sr. Quintana* desnudo por mas que se vista, á pesar de sus humos, y por mas humo que le echen los que le inciensan para desvanecerle la cabeza. Harto viento tenemos en ella todos los miserables hombres; como si nuestra vanidad no tuviese mas necesidad de freno que de espuelas!

Despues de haberle visto proclamado *sabio*, le hallamos revestido del título y oficio de *protector* de los literatos, se entiende, de los que prófugos vengan á acogerse baxo del manto de su amparo; pero cuidado! que esta proteccion no se ha de dispensar sino á los muy amigos. ¡Pobre del que no lo sea, es decir, del que no le haga cerco, y no le oyga atónito quando entona palabras de oráculo! Vea el público como los hombres de sistema llegan tarde ó temprano á fundar escuela, y á formarse sectarios por vanidad ó interés. Bien dice aquello de que Fr. Modesto nunca llegó á ser guardian.

*Protector*, por el abuso que los hombres suelen hacer de este título, segun nos lo enseña la experiencia, quiere decir tanto como tirano: de este nombre tan modesto como altivo se revistió el astuto Cromwel para tiranizar la Inglaterra, y el fiero Napoleon para esclavizar la Alemania. Y si esto es en el imperio de la política, ¿que será en la república de las letras, quan-

do el entendimiento es lo mas libre que tiene el hombre, aun mas que su voluntad? Hasta ahora este nombre solo habia sido título con que se honraban Príncipes y grandes Monarcas; pero tributárselo, ó dexárselo tributar, un pobre particular en la corte misma de una gran nacion, no lo habia visto el hombre, ni se habia leído en la historia. Esta, sí, que seria la mas cruel de las tiranías, condenar el saber al temor servil, ó á la adulacion de un ambicioso y presumido ciudadano.

Deponga ya el Sr. Q. las esperanzas lisonjeras de esta pretensa prerogativa, porque, como dice un refran, *gloria vana florece y no grana*. Despídase tambien de la manía de anunciar al público en periódicos, como acontecimientos memorables para la historia universal, la vez que su pluma emprende la direccion é ilustracion del Semanario, la vez que lo suspende, y quando vuelve á emprenderla, creyendo al público y á toda la nacion interesada en estas noticias, para llorar quando se oculta el astro de la luz, y regocijarse quando reaparece. ¡Lástima es que no haya sacado una órden cada vez para estamparlo en la gaze- ta, y anunciarlo con salvas de artillería! Por último, deponga esta vanidad de querer eternizar su nombre repitiéndolo eterna- mente, para que no llegue á fastidiar. Igualmente le suplico que no nos haga molestos los dulces nombres de *patria* y *patriotismo*, repitiéndolos continuamente como un segundo apellido de su casa, en quanto escribe aunque sean dos líneas, pues nadie duda de este su zelo, ni se lo negará jamas, mayormente los que conocemos por práctica y por amor estos sagrados nombres, y profesamos la milicia á que nos llaman. Mas al Sr. Quintana le sucede lo que á Ciceron, que hablaba siempre de la república, pero sin olvidarse jamas de sí mismo.

Suplico últimamente al Sr. Q. que aconseje á sus defensores que no se empeñen en reñir pependencias ajenas, pues su patron dias hace que ha salido de tutela; á menos que se le quiera considerar tambien como á los reyes, que por la ley son siempre menores de edad. El Sr. Q. tiene sus armas propias para defenderse como el mas bizarro, y sabrá manejarlas (así lo acaba de mostrar en su contextacion) sin necesidad de esa soldadesca auxili- ar, de esos valentones voluntarios, á manera del rufian de una moza, que la guarda hasta de las moscas que vuelan, por- que podrán, creyendo servir á su dueño y señor, exponerle á los tiros que no esperaba, ni merecia por sí mismo. Solo le haré presente al Sr. Q. algunos pasages que podia haber omitido el zelo inconsiderado del autor de la *Chismografía*. ¿Quien le obliga á decir al Chismógrafo: *que no sabe que el Sr. Q. haya jamas pretendido, ni dado memorial, besado manos, hecho la corte, ó adulado baxamente* (¡bonito cogote tiene el niño para esto!) á rey ni á roque para alzarse con este título? Ya habrá visto mas arri-

ba el que no lo sabia, com el Sr. Q. sin ser niño, sino muy hombre, dobló el cogote alguna vez. ¿Quién le mandó decir: *tampoco sé que haya procurado jamas deprimir el mérito de los otros escritores, criticar sus producciones, ni mortificándolas?* El Chismógrafo, como reciente recluta, no sabe, y ahora lo sabrá él y todo el público, que sobre este punto hay que hacer alguna distincion. El Sr. Q. ha tenido por costumbre, desde que pensó señalarse un lugar en la opinion pública, el no acometer, criticar ni morder por escrito, es verdad, si se ha de entender en impresos publicados baxo su nombre, porque habrá tenido para este oficio sus devotos, á manera de gente asalariada, así como los ha tenido para la defensa. Hasta en esto ha querido obrar como los grandes señores, que mantenian en otro tiempo paniaguados para dar una paliza á quien les incomodaba, defender sus personas en los caminos, y guardar las puertas de sus palacios. El señor no queria manchar sus manos con un garrote, ni exponerse á llevar algun chirlo en las tornas, que hubiera sido mayor mancha.

El Sr. Q., bien sea estudio, bien instinto infundido desde el vientre de su madre baxo de algun astro ambicioso, ha trabajado desde su primera mocedad en labrarse un partido, empezando por el de las letras, hasta verse proclamado su cabeza sin mover gran ruido en la apariencia: con esta mira nunca le ha convenido enemistarse con nadie, sino prodigar á todos el nombre de amigos, palabra favorita suya, abrazar á todos los literatos, á los pretendientes de este título, y hasta el mas humilde amanuense. De las letras pasaba su humanidad filosófica á las nobles artes, á cuyos profesores dispensaba su familiar benignidad, para darse el tono de alto personage, amante y protector de ellas. De estas descendia su filantrópica congratulacion á los talleres, honrando á los artífices de algun crédito para honrarse con ellos, y comprarles el respeto y la gratitud con estos actos de bondad y de dignacion. Quando yo veia tan officiosas diligencias, se me representaba el Emperador Othon, que abrazaba hasta los aceyteros que encontraba por las calles para asegurarse en el trono. El que lleva, como el Sr. Quintana, el plan de hacer gente para su escuela, debe contar por amigos hasta á los enemigos: así es que cuenta tantos. ¡Gran dicha, por cierto, de encontrarse con tantos amigos quantos son los conocidos, acaso mal conocidos! Quando Diógenes, aun en medio del dia, buscaba un hombre con una linterna en la mano, ¿que hubiera sido para encontrar un amigo? El Sr. Q. es persona digna de aprecio por su conducta privada, y por su talento é ilustracion; y es acreedor á que se le guarde como hombre, como ciudadano, y como literato, y á esta justa consideracion yo me suscribo. Pero siempre graduaré por insufrible é imprudente que se

tenga y haga tener por el mejor, y de ahí por el mayor de todos: porque hacerse de la reputacion literaria escalon para subirse á mayores, es muy peligroso paso en estos tiempos. Y sepan sus engañados defensores, que si el Sr. Q., como ellos creen, no acometia ni mordia como escritor público, bien se desahogaba de palabra, ó con la pantomima de su gesto, que es muy parlante y expresivo, quando la envidia ó los zelos le consumian: no se veia el fuego siempre, pero lo descubria el humo que se le subia á las narices. Tambien solia perder los estribos, quando el artificio sistemático no alcanzaba á enfrenar la pasion. Dice él mismo de sí mismo, que nunca *ataca* á nadie, como si fuese esto *atacar* á una batería. Acaso nunca ha tenido valor para este arrojito: acaso se mantenia en la reserva. Si no ha sido reo, habrá sido cómplice, que es el delito de los cobardes. Dígalo el *ataque* imprevisto, que sin haber yo *atacado* á nadie, me dió un cobarde anónimo en Madrid, tambien de los amigos del Sr. Q., á quien yo no tenia el gusto entonces de tratarle: pues bien se regocijaria de verme acometido, y acaso se trataba entre los dos el modo de zaherirme. Digo que se regocijaria entonces, porque aun en su mezquina *contextacion* no ha sabido disimular la fruicion que todavía conserva, quando viene á dar su aprobacion tácita al acometimiento, citando aquellas cartas satíricas con la expresion de *los muchos palos* que me dieron sobre las voces *detalle, genio, desnaturalizar &c.* que yo reprehendia en mi teatro crítico de la Eloquencia. Esta obra irritaria el amor propio del avinagrado abate Cienfuegos, y la naciente vanidad del bilioso amigo suyo, quien debia haberla estudiado con mas fruto, ya que me la alababa entonces. Bien sabe el Sr. Q. que yo no soy ningun negro, para que nadie en este mundo pueda sacudirme *palos*; pero no pudo su pueril venganza permitir á su tan fecundo ingenio inventar otra voz que á mí me hiriese mas, y á él le humillase menos. ¿Ignora el Sr. Q., pues lo vió el público entonces, que si el abate tétrico quiso darme palos, yo le volvi saetas? ¿Soy yo de los que se muerden la lengua?

En nada habia yo agraviado al hipocondríaco abate, ni al Sr. Q., ni de obra ni de palabra, pues no los conocia: sin embargo, de nada me sirvió. ¿De que me sirvió no haber conocido, ni de nombre, pues jamas lo ha tenido, á otro amigacho íntimo del Sr. Q., un D. Josef Munarriz, traductor farfallon de las ininteligibles lecciones de retórica del inglés Blair en que trabajaron ambos á dos, para morderme en algunas páginas sin necesidad, y fuera de propósito, y con indignísima injusticia é ingratitud, despues que habian disfrutado de los exemplos y modelos míos para lucir sus observaciones críticas? Si el Sr. Q. era mi amigo despues, ¿como permitió que aquel buey mudo Munarriz, á quien acababa yo, como censor, de servirle con

verdadera generosidad de alma, olvidándome del agravio que pensó hacerme en la primera edicion, reimprimiese en la segunda, que yo censuré indulgente, las mismas expresiones duras contra mí? Esto sí que es perdonar injurias con obras, y no con palabrotas del conjuro filosófico del dia.

¿Quien le mandó decir al Chismógrafo, erigido en panegirista de un santo, que aun no está en los altares, que las virtudes del Sr. Quintana nunca han sido disfrazadas ni desmentidas, ni aun en los tiempos de la opresion? De virtudes de otro, por eminentes que se consideren, ya me guardaria yo de responder, como tampoco de los vicios. Yo nunca quisiera que mis amigos respondieran por mí, ni de lo uno, ni de lo otro.

¿Quien le mandaba sacar ahora á plaza si en aquellos tiempos de opresion era la casa del Sr. Quintana, en la corte, *tal vez el único asilo de la ingenuidad y la franqueza, adonde iban á ensanchar su corazon, y desahogar sus penas con toda seguridad y confianza los que detestaban la tiranía y sus secuaces?* Tambien la frecüentaba yo, en lo qual creí que nos honrábamos ambos á dos. Allí todo era franco, es verdad, hasta la entrada. Allí aprendí poco, porque eran críticas y controversias sobre poesía regularmente; y como lego en esta materia, tenia que enmudecer. Una noche conté hasta nueve poetas, que se quitaban las palabras de la boca el uno al otro. ¿Que divertida algarabía!

Allí aprendí, sin embargo, grandes desengaños. Aprendí á conocer á muchos hombres sin máscara, en preuba de que era el asilo seguro de la ingenuidad y franqueza. Allí ví en efecto desahogar á muchos su corazon y sus penas sin rebozo, porque allí reynaba la misma ingenuidad. Allí me encontré una noche con un sacerdote que renegaba de su madre que le habia aconsejado aquella carrera, tirano en el mundo, y un amigo á lo bufon le reprehendia diciéndole: ¿no te da esta carrera una renta de 20000 reales? Tú no dices misa, tú no tienes coro, vas de fraque y botas al paseo, al café, al teatro, á los bayles, á las visitas, á.... quando quieres: pues ¿que grillos te echó tu pobre madre? Allí ví otra noche otros dos clérigos, muy empeñados en divertirnos representando una escena que no habrán visto ojos mortales: el uno se paseaba, con ademanes cómico-trágicos, haciendo la apología del suicidio; y el otro, muy versado en los autores clásicos, griegos y latinos, haciendo el elogio de la sodomía muy rellanado en un sillón. Allí veia sábios y sabihondos, locos y cuerdos, eruditos y legos, hombres sanos de corazon, y otros de alma corrompida, algunos que detestaban la tiranía y obsequiaban al tirano al dia siguiente ( todos estos eran poetas). Uno de ellos, para comprar su procteccion, le regaló un poemito intitulado el *Incordio*; otro le dedicó una

comedia con el título de *Laberinto de las Monjas*, abusando sacrilegamente del confesonario y de la facultad apostólica de visitador que habia sido de los conventos de Córdoba: este era el penitenciario de aquella santa iglesia, el mismo que salió á cumplimentar al Rey intruso con una canción pindárica. Allí ví mormurar del famoso botarate *Amorós*, para dar gusto al dueño de la casa que le odiaba de muerte como yo, por los mismos que tal vez venían de tributarle incienso. De allí salieron dos literatos, que se cree que no creían en Dios, á solicitar el oficio de doctrineros en la escuela pestaloziana, y lo obtuvieron. De allí el que en el aniversario de esta loca institucion, de que era protector el tirano y vice-protector Amorós, dixo en medio de un numeroso y brillante auditorio, entre otras blasfemias de la adulacion oratoria. *¡Oh alma verdad, que descendiste del Cielo para morar en los labios de su Alteza!* Allí veía continuamente como moscon de las confianzas del Sr. Quintana al inmundo abate *Aléa*, ente despreciado de todos, cuya compañía deshonoraria al mismo verdugo. Por esto se quedó en Madrid para obsequiar y servir á los franceses en qualquier oficio por vil que fuese: ignoro cuál le habrá tocado en suerte. Allí ví al renegado de Dios y de su patria el prófugo apóstata y ateo *Marchena*, fautor, factor, y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat. Allí ví una vez al hipócrita y astuto *Esmenard*, despues emisario y confidente de Murat; y tambien á un Mr. Quillet, bien conocido en otro tiempo en Cádiz, recomendado por el Señor Pancho Solano al Sr. Q. el qual era poeta, músico, pintor, antiquario, orador, actor trágico, comerciante, en fin politécnico, é indudablemente espion y explorador antes de la llegada de los franceses sus paisanos en Madrid. Este tunante, para comprar el salvoconducto, y quedarse libre en la corte quando confinaron á sus paisanos en el Escorial, habia publicado una sátira la mas cruel é ignominiosa contra Napoleon y la Josefina que puede imaginar la mas diabólica maquinacion, con el título de *Bonaparte sin máscara*: por un frances imparcial: un folleto en octavo. Desde lue o conocí la mano oculta, lo denuncié como enemigo disfrazado al tribunal de Vigilancia. No fuí *id.* como en otros auuncios funestos; y el pícaro hipócrita campa en Madrid libre y sin costas, antes bien premiado por los servicios que haria como agente de Napoleon quando se paseaba con la escarapela encarnada muy seguro por las calles de Madrid entre los incautos españoles. *¡Aler a, Aler a!* con esos imparciales enmascarados. Entonces dexé de freqüentar la casa del amigo por no ver la cara á esos pérfidos bribones.

El Chismógrafo, que me parece debe saber todo esto mejor que yo, podia haber continuado el rebusco gramatical de mis dos cartas, llenas de espinas para algunos que se creían invulne-

rables ; y dexádose de pintarnos la casa de Sócrates , que á la verdad no era ninguna escuela de Cristo. Era una concurrencia nocturna de gentes de todos humores , y de condiciones y clases diversas. Sin embargo , debo hacer al dueño la justicia de que en las cosas irracionales nunca tuvo parte , ni con palabras , ni con el semblante , su aprobacion. Sufriria tal vez contra sus propios sentimientos aquellas *franquezas é ingenuidades* ; como le sucede á un cafetero que prescinde de las clases de gentes y de sus costumbres , con tal que le llenen la casa y la acrediten. Esta era la causa tal vez de que el Sr. Q. ya por bondad , ya por deseos de sonar en la corte , ya por su poco conocimiento de los hombres , no ha tenido siempre la mas acertada eleccion en todos los que él ha llamado sus amigos ó tertulianos , como es público á todos los que han sido testigos de esta conducta , que en algunos era asunto de lástima. Pero él diria para sí : *De paja ó de heno mi casa hasta el techo.*

Habiéndome extendido mas de lo que acaso necesitaba para manifestar al público que yo jamas he tenido , ni podido tener zelos ni envidia del Sr. Q. por su *sabiduría* , ingenio , reputacion , sueldos , ni honores ; me resta desengañar para siempre á este mismo público , haciéndole ver que nuestra antigua amistad fué rota por el mismo Sr. Q. desde que apareció el librito intitulado *Centinela contra franceses*. Desde aquel momento no pudo disimular sus zelos al ver que no era el único que salia al público con su nombre y apellido insultando al tirano de la Europa. Vió que la *Centinela* salia dedicada á *Lord Holland* , amigo y honrador de ámbos : y con esto no padeceria poco su amor propio. Llegó á tanto su resentimiento por mas que lo disimulaba en el exterior , que habiéndose propuesto en el *Semanario patriótico* enriquecerlo con noticias públicas de las provincias ; pasó por alto un aviso que acababa de imprimirse en la gazeta de la Coruña de primeros del mes de noviembre en que se anunciaba la llegada del referido Señor con toda su familia á aquel puerto , quien , como muy afecto á los españoles , venia á pisar tercera vez nuestro suelo para ser testigo de nuestros heroicos esfuerzos. Para darle mejor á conocer á toda nuestra nacion , decia el gazetero : *este es aquel Señor ingles á quien Don Antonio Capmany dedicó su linda y preciosa obrita la Centinela.* Bastó esto para que se omitiese la noticia , prefiriendo sepultar en el olvido el nombre de aquel insigne Señor y su amigo , á la pena de anunciar el mio. Si estas miserias no son zelos , ¿ que seran ?

En el prospecto del mismo *Semanario* , de que el Sr. Q. era director , cabeza , y espíritu vivificante , se ofrecia dar noticia de todas las obras impresas que se publicasen , con un ligero analisis de las que tuviesen algun mérito. Salió la *Centinela* ; y so-

lo por ser mía, ó por no poder ser jamas de sus editores, á quienes veia todos los dias y trataba; no mereció ni el último lugar en aquel periódico, no digo para darle buena acogida, mas ni para anunciar su título seco y pelado, y el puesto en donde se vendia, copiando siquiera el cartel. Y esta conducta enemiga fué tanto mas reprensible, quanto se anunciaban en aquellos dias otros impresos; y se llegó á dar noticia de algunos que aun estaban en la prensa, anticipando su recomendacion para prevenir compradores: verdad es que esta gracia, no ofrecida en el prospecto, solo se dispensaba á los amigos; y el autor de *Centinela* ya no lo era ni podia serlo del Sr. Q. despues que mi pluma vulgar le quitó el sueño. No pudiera haber hecho mas el mismo Napoleon. ¿Y esta es la justicia é imparcialidad de este vano oráculo que vomita siempre estos *sagrados* nombres? Si esto no es envidia; que será pues? Desde entonces me negó la palabra; y yo, sin degradarme ya, no podia congratularle.

No se reduxo á estas demostraciones su conducta, que escandalizó á todos los patriotas de la corte que llegaron á entenderlo; sino que, no contentos los alumnos del Sr. Q., á quienes comunicaria su enojo como les comunicaba sus luces y decretos, jamas ninguno de ellos, ni su mismo dueño, con quienes me franqueaba para desengañarme, me preguntó por mi obra; y apenas me hablaban los que antes me daban la mano por no hablar de ella, como si el autor y la obra no hubiesen existido jamas. Sin embargo, en ausencia mia, bien la tenían presente, para censurarla y morderla como perros rabiosos en la libreria de Perez, donde se juntaba la *villosa* comparsa del envidioso D. Manuel. Allí se llegó á decir, entre otras lindeces, que aquella produccion me habia degradado, y hacia poco favor á mi pluma. Todo lo supe, y lo he callado hasta ahora, en que la lengua no ha de estar mas tiempo pegada al paladar. En aquella librería se fomentaria por la misma comparsa, no quiero llamar de malos españoles, sino de malos bichos de la sociedad de las letras, la publicacion de una sátira que se compuso para imprimirla, con el título de *Anti-Centinela Capmaniana* baxo el nombre, sin duda apócrifo, de *D. Mateo Tadeo*. Temiendo sus fautores que no se lograra la licencia del juez de Imprentas, hacian esparcir y anticipar la idea de esta crítica maligna, para que llegase á mis oidos su título, ya que no llegase á mis ojos para quebrármelos. Pero no supo la tal pandilla de ociosos que el manuscrito original estuvo en mis manos, dexando á mi arbitrio el censor comisionado la extension del informe al juez, porque la indignacion no le permitia medir las palabras para excitar semejante atentado. Yo contexté: que lo dexase correr. porque el verdadero y legitimo censor, que seria el pueblo, ya les haria correr las calles de Madrid á su autor,

u autores, no á pie ni á caballo, sino muy tendidos y descansados, como lo tenia de costumbre. Yo no debia hacerme justicia por mi mano, sino encerrarme en mi casa en aquel dia de juicio. Por fortuna, ni lo uno ni lo otro tuvo efecto, porque con la aproximacion del ejército frances se disipó el nublado. Vayan benditos de Dios. ¿ Podrán creer esto mis lectores insensatos, y los sensatos, si me leen? Callo otros incidentes de aquellos dias, en que tenia yo que ir por calles excusadas, escoger puesto oculto en el teatro, y buscar lo mas retirado del Retiro, por huir de los conocidos y de los no conocidos, siempre solo y solitario, y en que me llamaban unos, me bendecian otros, me abrazaban otros, hasta algunas mugeres, cuyos ojos llorosos de alegría despedian rayos de patriotismo. Todo esto veian ó sabian mis enemigos, para aumentar, con capa de burla, su encono. Mayor burla harian quando supieron que de algunos conventos de monjas me llamaron para conocer al autor de la *Centinela*, como si yo fuese un animal de las Indias.

Trasladado el Sr. Quintana á Sevilla, llamado y bien recibido, y puesto por cabeza de aquella secretaría que algun chusco llamó despues *politécnica*, nunca se pudo sacar la espina que traia clavada en su corazon desde Madrid. Ya que no de palabra, ni en trato público, porque yo tambien sé disimular, bien exerció su despique en quanto le permitia su empleo, y lo permitió mi prudencia y paciencia, porque yo entonces tambien servia al Estado, pero sin patente, ni título, ni nombramiento, ni salario.

Entonces tenia yo á mi cargo la redaccion de la gazeta de la corte, que tuve que admitir á instancias, por no decir caricias, de los Señores D. Gaspar de Jovellanos de la Junta Central, D. Pedro Cevallos, secretario de Estado, y D. Martin de Garay, secretario general de aquella suprema Junta, porque en aquel momento apurado no hallaban otra mano sino la mia para restaurar este periódico del Gobierno, tan necesario para mostrar al mundo que existia un centro de la soberanía española. Admití este encargo, carga muy pesada para mi avanzada edad, fatigada de estudios y trabajos anteriores, y deteriorada con las penalidades de mi reciente emigracion, por dar la última prueba de mi amor á la causa santa de mi patria. Pero el tan patriota Sr. Q., en vez de ayudarme en esta empresa, que era toda del Gobierno que le mantenía, y no mia, hizo en todo el tiempo que mangoneó en su secretaría general quanto pudo para retardar, ó escasear, ú ocultar las noticias de oficio que debia haber franqueado á este papel público, único entonces; ántes bien interrumpia la comunicacion y armonía que debia reynar con la primera secretaría de Estado, de la qual ha dependido siempre inmediatamente la direccion é inspeccion de la gazeta de la corte.

Yo no recibia, ni de primera ni de segunda mano, papel ninguno interesante; y quando venia alguno por Estado, así manuscrito como impreso, así del reyno como de países extranjeros, llegaba á mi poder muy atrasado, y muy manoseado por los amigos, alumnos, ó pretendientes obsequiadores del Sr. Q., que iban á leerlos y disfrutarlos en la hora de la pequeña corte diaria que recibia su Señoría, de las doce á la una de la mañana, en la pieza del pisco-labis de jamon, bizcochos, y xerezano, á que llamaban la *junta chica*: y ¿esto permitia dentro del mismo palacio la junta grande! Así se sabian algunas noticias, y se referian en cafés y tertulias algunos dias antes de poderlas yo insertar en la gazeta. Otras se las reservaba para su recién resucitado *Semanario patriótico*, que era lo que importaba á su *desinteresado* patriotismo. Yo tenia que suplir muchas veces la esterilidad de materiales con algunas observaciones y notas de mi cosecha para sostener la gazeta del Estado: él se reservaba las dichas proclamas como patrimonio de su sublime y patriótica oratoria. Estas notas, que se leian con ansia por los cautivos madrileños, ofendian tambien el delicadísimo gusto de ese tiranuelo de la literatura, haciendo burla de ellas con el fallo de estilo *vulgar*, y de que yo *chocheaba*, quando algun emigrado recién venido preguntaba por mí. Y ¿dirá ahora el mundo que me conoce, y el que no me conoce, que no soy hombre de paciencia, no habiéndole arrojado un dia de cabeza en el Guadalquivir quando se pavoneaba en el paseo con el flamante uniforme de covachuelo, que en otros tiempos lo trataba de librea? Quise en esta humillacion voluntaria, como en los desayres que creyeron hacerme en Madrid aquellos pobres trompetas, dar un testimonio perpetuo de que el autor de la *Centinela* hizo voto, desde que la publicó, de sufrir los tiros de sus ingratos conciudadanos, como las iras del enojado Tirano.

*Ponderada* la llama irónicamente el ex-secretario de la Estampilla; y yo le digo, que ponderada fue, ha sido, y será, á pesar de su señoría palatina, y de su señorío literario, mientras dure la memoria de los hombres de bien y de los españoles de casta. Ya quisiera el autor del ponderado, cacareado, y al fin ridiculizado Duque de Viseo poder añadir este lauro á su pasada, presente y futura reputacion. Me avergüenzo de haber de manifestar al público quan poco disimulado es el Sr. Q. siempre que cree ofendido su mimado amor propio; porque bien sabe que hablando un dia de las ventajas y desventajas de la memoria, me dixo que ésta era su verdugo, porque nunca olvidaba una injuria. Entonces, admirado, me desengañé de que puede mas el genio que la razon en algunos hombres. Esta anécdota la cito ahora, porque en la *Chismografía literaria* me recuerda su autor de que yo pregunté al Sr. Q., como admirado,

¿en qué consistia que los poetas eran los únicos que salian á la palestra á cara descubierta, y que me contextó: *porque los poetas no tienen miedo á los franceses*. Si es verdad que yo le hiciese esta pregunta, como no lo dudo; esto mismo probaria que yo no tenia zelos de su oda ó calabaza, pues venia á celebrársela en la pregunta misma. En quanto al valor fué una fanfarronada poética, perdonable en el calor de haber hecho una accion laudable. Miedo, y mucho miedo tendria despues, y le confieso que lo tuve yo tambien por no mentir á lo poeta, pues poetas y oradores, y él primero que todos, tomamos las de villadiego mas que de paso quando nos saludaban las granadas en nuestras casas.

Restablecido en la Isla de Leon el Gobierno supremo, baxo de la denominacion y forma de Consejo de Regencia, se trató de restaurar la gazeta, cuya publicacion habia quedado suspendida desde la entrada de los enemigos en Sevilla. El Gobierno tuvo entonces que echar mano segunda vez de este gramático practicon, ignorante en los verdaderos principios del lenguaje, para dar un segundo testimonio público y auténtico en ambos mundos de que no se habia extinguido la unidad de la soberanía española; y sí, solamente trasladándose su solio á lugar mas seguro. Fuí llamado por los Señores Regentes en la Isla, obligándome con la urbanidad de sus razones, y buena gracia de sus ruegos, á que no pude resistirme, á tomar otra vez esta molesta comision. Entonces tuve que hacerme aposentador, administrador, agente, capataz, y casi mozo de la imprenta real, de la qual solo existia lo que se pudo salvar precipitadamente de Sevilla, y esto desarmado y depositado en unos almacenes. En peor estado, y sin auxilios ningunos, me habia encontrado antes en Sevilla, en donde tuve que mendigar una indecente imprenta particular, haciendo de regente, de corrector, de zelador, de vendedor alguna vez, y de redactor en una pieza en los primeros quatro meses. Dos veces desempeñé esta comision llena de penalidades, en la qual se dexó obrar mas á mi voluntad que á mi obediencia, pues la confianza verbal, y digamos familiar, con que me honraron los Centrales primero, y los Regentes despues, fué mi único título y nombramiento. He sido pues, sin saber cómo, dos veces restaurador de la gazeta emigrada, y restaurador últimamente de la imprenta real prófuga y desbaratada.

Bien sabrá el Sr. Q., que nunca me ha perdido de vista, que yo tambien he hecho proclamas sin estampar mi nombre, ni hacerme anunciar al público, por encargo del Gobierno supremo, sin ser su secretario ni intérprete; y creo que no ha tenido que arrepentirse de haberse entregado en manos de este pobre y casuista gramaticon. El Sr. Q. no puede ser juez de mi

gramática, y menos de mi retórica, y mucho menos de mi política, hasta que vuelva á estar tan sereno y racional como ántes de la publicacion de la *Centinela* causadora de tan a inquietud. Menos resentido yo de la *Contextacion* de mi adversario, porque á nada contexta de lo que incluyen las cartas del *Patriota de Sevilla*, sino con lamentos para llamar la compasion de los lectores, y con impropiedades escogidas para lucir el vocabulario de su cólera; puedo, con ánimo mas tranquilo que el suyo, decir ahora al indocto auditorio que me ha tocado: que el estilo del Sr. Q., quando quiere perorar proclamando, es de los que mas alucinan á primera lectura. Su eloqüencia de aparato de palabras es impostora, sin quererlo ser su autor; porque creo que es mas hábito adquirido que empeño suyo personal. Los lectores se preocupan; unos por carecer de criterio para juzgar, y otros por pereza de leer los veces un escrito; y los de Sr. Q. se han de leer tres para desengañarse, y santiguarse despues. Esto se entiende quando quiere subirse á orador sin olvidarse que ha sido poeta. Los galicismos en voces y frases del Sr. Q. provienen sin duda de otra causa muy difícil de corregir en adelante. Hay personas á quienes una memoria extraordinaria, que hace su principal valor á juicio de la muchedumbre, les apaga la imaginacion: así pues, quando quieren inventar ó decir algo nuevo de propio marte, tropiezan con lo que han leído, y venen ser plagiaros sin que ellos mismos lo conozcan; y de este modo son siempre llevados en brazos ajenos como niños.

Prosiga el Sr. Q. desempeñando descansadamente los empleos que le han tocado, y enseñando al público al mismo tiempo, ya que puede, sin faltar á las obligaciones que le imponen, distraerse á otras tareas literarias. No se crea este Señor de tan alta estatura, que para medirle de arriba á baxo necesite yo robar á la patria ni un solo minuto del tiempo que le deben mi destino y mi amor. Continúe dictando leyes, y esgrimiendo la espada de la censura desde la cátedra de su *Semanario*, que levantó luego que vió que la fortuna, que solo esta vez le torció el rostro, no le ayudaba para subir á la tribuna del Congreso nacional pues ni pudo entrar en cántara, ni conseguir, apesar de su nombre y fama, contarse en el número de los electores, ni con mucha distancia. ¿Para que querria ser diputado? para llamarse inviolable? ¿Pobre del que le hubiese tocado entonces un cabello! A falta de esto, nótese como se escuda en esta su desvalida *Contextacion* con la autoridad y nombre respetable de la Regencia, pretendiendo haber causa comun un dependiente con las cabezas supremas: *Aramos, dixo la mosca al buey*. Esta ha sido, á sentir de los que tienen dos ojos en la cara, una cobarde morisqueta creyéndose invulnerable detras del broquel. Yo siempre le veo y le veré todo el cuerpo, y le asestaré los ti-

ros á que me provoque otra vez su audacia; y ño hay que bañarse en la laguna Stigia, porque para mí este Achíles de la literatura es todo talon.

Continúe, ya que le sobra tiempo, afilosofando á las damas para que se entiendan mejor con los filósofos. Pero ya sabe el Sr. Q. lo que les pasó en Madrid, no hace muchos años, á tres maridos, que se alababan de que sus mugeres recien afilosofadas ya comian jamon en viernes: así tuvieron ellos que arrepentirse, pero ya tarde, de los progresos de sus discípulas.

Bien podrá el Sr. Q. quejarse todo lo que quiera de mí hasta que la suerte ó la muerte nos separe; pero no de los acasos de nuestra revolucion, que no le han sido hasta ahora adversos. Se halla honrado, promovido, y dotado con el sumo sueldo que goza á los sesenta años de servicio un Capitan General de los Exércitos, y sin las obligaciones de otros muchos, pues no tiene muger ni hijos que mantener.

De las desventuradas proclamas se deslizó el Sr. Q. á otros puntos ya demasiado personales, excitándome á que aquello que empezó la crítica lo acabe la sátira. El fin del *patriota disimulado* no fué otro que reducir al Sr. Q. á reconocerse por un hombre como los demas, y tan pecador como yo; y á que renunciase al oficio de proclamista, en el qual no habia sido hasta ahora muy feliz. Así pues, nada tengo que contextarle acerca de las dos proclamas en que empleó su pluma para los americanos. A un escritor público no le salva la sana intencion, si le falta la prudencia: no le basta ver, si no prevé lo que no puede ver. No se canse, pues, en justificarse delante de quien no le ha hecho cargos, ni le ha de juzgar: las juntas insurreccionales de Buenos-Ayres y Carácas, que las leyeron y las citan, le darán la respuesta.

Al Sr. Q. no se le podia ocultar que todo quanto he manifestado en este escrito, pues lo he tenido secreto hasta ahora, lo hubiera guardado hasta la muerte, si en lugar de pelear como mero literato, no se hubiese propasado á vulnerar mi reputacion moral y política, á cuya defensa tengo derecho como ciudadano, y como escritor.

He reservado para despedirme del Sr. Q., y no molestar mas tiempo á los lectores, porque el proceso sería muy largo, la maligna, pero impotente denuncia, que hace al público de aquella carta que por julio del año pasado cayó en manos de los enemigos con la correspondencia pública que salia de Cádiz para levante, y fué interceptada por ellos. Esta era una carta privada y confidencial á un amigo que acusaba mi silencio quando mas necesitaba de pasto racional para divertir su imaginacion. Entre juegos de vocablos, y antítesis festivos, entre chanzas y veras, esto es, en estilo entreverado, que repugna á

la gravedad del Sr. Q., le comunicaba algunas noticias de lo que yo veia y oia en esta ciudad, pues no le habia de hablar de lo que pasaba en Pequin. Las *dentelladas* que en ella, segun la expresion del miserable delator, tiraba yo á la Regencia, fueron recibidas con tanta insensibilidad, por no decir fruicion, que leyendo la carta no podian contener su risa los mismos Regentes, al verse tan bien pintados; y alguno de ellos me lo significaba despues en el paseo quando me encontraba repitiéndome el chiste. Las *dentelladas* á la junta de Cádiz eran verdaderamente un reconocimiento de su autoridad y sumo poder, pues á la sazón era la recaudadora y administradora del Erario público, de cuya mano pendia nuestra subsistencia. Las *dentelladas* á los ingleses sobre el bruñido de sus dientes y botas, su paso de ordenanza, y su diversion en los bayles de gitanas, dexando para nosotros los suspiros, no tuvieron otro efecto que empeñarse desde aquel dia hasta hoy en honrarme y distinguirme mas que ántes. En el mismo dia en que se hizo pública mi carta tuve el honor de comer en casa del señor Ministro Británico, en cuya mesa me cercaron los convidados de aquella nacion para glosar conmigo el chiste del párrafo que les tocó.

La otra *dentellada*, ya que el Sr. Q. me trata como á jabalí, que dá á su persona, y de que tanto se resiente para que se hable de ella aun despues de muerta, no fué otra cosa que el haber cubierto su nombre y apellido con el velo alegórico del *Panduntur portae*, para que solo el amigo me entendiese, y los franceses se quedasen en ayunas. Pudiera haber callado el Sr. Q. esta anécdota; á menos de que quiera que yo descubra la alusion y su ridículo origen. Desengáñese el Sr. Q. que las tales *dentelladas* no han hecho mella sino en sus delicadísimas carnes. No digo mas sobre este asunto, porque no conviene á mis lectores, ni á la nacion, ni al Sr. Q. que yo exponga en este momento lo mucho que se me ofrece callar.